



✠ **Lectura del santo evangelio según san Juan (1,35-42):**

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Éste es el Cordero de Dios.»

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús.

Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?»

Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?»

Él les dijo: «Venid y lo veréis.»

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).» Y lo llevó a Jesús.

Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).»

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

(Benedicto XVI, 15.1.12)

Las lecturas bíblicas de este domingo –el segundo del tiempo ordinario–, nos presentan el tema de la **vocación**: en el Evangelio encontramos la llamada de los primeros discípulos por parte de Jesús; y, en la primera lectura, la llamada del profeta Samuel. En ambos relatos destaca la importancia de una figura que desempeña el papel de mediador, ayudando a las personas llamadas a reconocer la voz de Dios y a seguirla.

En el caso de Samuel, es Elí, sacerdote del templo de Silo, donde se guardaba antiguamente el arca de la alianza, antes de ser trasladada a Jerusalén. Una noche Samuel, que era todavía un muchacho y desde niño vivía al servicio del templo, tres veces seguidas se sintió llamado durante el sueño, y corrió adonde estaba Elí. Pero no era él quien lo llamaba. A la tercera vez Elí comprendió y le dijo a Samuel: «Si te llama de nuevo, responde: «Habla, Señor, que tu siervo escucha»» (1 S 3, 9). Así fue, y desde entonces Samuel aprendió a reconocer las palabras de Dios y se convirtió en su profeta fiel.

En el caso de los discípulos de Jesús, la figura de la mediación fue Juan el Bautista. De hecho, Juan tenía un amplio grupo de discípulos, entre quienes estaban también dos parejas de hermanos: Simón y Andrés, y Santiago y Juan, pescadores de Galilea. Precisamente a dos de estos el Bautista les señaló a Jesús, al día siguiente de su bautismo en el río Jordán. Se lo indicó diciendo: «Este es el Cordero de Dios» (Jn 1, 36), lo que equivalía a decir: Este es el Mesías. Y aquellos dos siguieron a Jesús, permanecieron largo tiempo con él y se convencieron de que era realmente el Cristo. Inmediatamente se lo dijeron a los demás, y así se formó el primer núcleo de lo que se convertiría en el colegio de los Apóstoles.

A la luz de estos dos textos, quiero subrayar el **papel decisivo de un guía espiritual en el camino de la fe** y, en particular, en la respuesta a la vocación de especial consagración al servicio de Dios y de su pueblo. La fe cristiana, por sí misma, supone ya el anuncio y el testimonio: es decir, consiste en la adhesión a la buena nueva de que Jesús de Nazaret murió y resucitó, y de que es Dios. Del mismo modo, también la llamada a seguir a Jesús más de cerca, renunciando a formar una familia propia para dedicarse a la gran familia de la Iglesia, pasa normalmente por el testimonio y la propuesta de un «hermano mayor», que por lo general es un sacerdote. Esto sin olvidar el papel

fundamental de los padres, que, con su fe auténtica y gozosa, y su amor conyugal, muestran a sus hijos que es hermoso y posible construir toda la vida en el amor de Dios.

Queridos amigos, pidamos a la Virgen María por todos los educadores, especialmente por los sacerdotes y los padres de familia, a fin de que sean plenamente conscientes de la importancia de su papel espiritual, para fomentar en los jóvenes, además del crecimiento humano, la respuesta a la llamada de Dios, a decir: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN

Una experiencia contagiosa (Julio Alonso Ampuero):

1. «Este es el Cordero de Dios».

Todo empieza con un testimonio. La fe de los discípulos y el hecho de que sigan a Jesús es consecuencia del testimonio de Juan. Así de sencillo. ¡Cuántas veces a lo largo de nuestra vida tenemos oportunidad de dar testimonio de Cristo! En cualquier circunstancia podemos indicar como Juan, con un gesto o una palabra, que Cristo es el Cordero de Dios, es decir, el que salva al hombre y da sentido a su vida. El que muchos crean en Cristo y le sigan depende de nuestro testimonio, mediante la palabra y sobre todo con la vida.

2. «Venid y lo veréis».

El testimonio de Juan despierta en sus acompañantes el interés por Jesús; sienten un fuerte atractivo por Él. Por eso le siguen. Jesús no les da razones ni argumentos. Simplemente les invita a estar con Él, a hacer la experiencia de su intimidad. Y esta fue tan intensa que se quedaron el día entero y san Juan, muchos años más tarde recuerda incluso la hora –«hacia las cuatro de la tarde»–. También nosotros somos invitados a hacer esta experiencia de amistad con Cristo, de intimidad con Él. Venid y lo veréis. «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 34,9).

3. «Lo llevó a Jesús».

La experiencia de Cristo es contagiosa. El que ha experimentado la bondad de Cristo no tiene más remedio que darla a conocer. El que ha estado con Cristo se convierte también él en testigo. Pero no pretende que los demás se queden en él o en su grupo, sino que los lleva a Cristo. La actitud de Andrés nos enseña la manera de actuar todo auténtico apóstol: «Hemos encontrado al Mesías». Y lo llevó a Jesús.

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

El evangelio de hoy nos presenta un primer momento de la llamada de Jesús a algunos de sus discípulos. Es un primer acercamiento a ellos, una primera toma de contacto cara a la llamada definitiva: Les llama "a cierta noticia", para que le vayan conociendo...

«Al día siguiente estaba de nuevo Juan en la ribera del Jordán, y con él dos de sus discípulos». Nos lo relata Juan, ochenta o setenta años más tarde, cuando escribe el Evangelio, con todo lujo de pormenores, este primer instante en que él se encontró con Jesús, juntamente con Andrés, el hermano de Simón Pedro.

Es muy bueno que recordemos el primer momento en que Cristo me conquistó, me enamoró, me convirtió a Él...



Sigue el evangelio: "Fijando Juan los ojos en Jesús que caminaba, dice: He aquí el Cordero de Dios..."

Los dos volverían la cabeza. Y al verle quedarían fascinados...

Jesús vuelve la cabeza, los mira, y viendo que le iban siguiendo les dice: ¿Qué buscáis? Ellos dijeron: Rabí, Maestro, ¿dónde habitas? Jesús les dice: Venid y lo veréis. Se fueron con Él y vieron donde moraba y se quedaron con Él aquel día. Sería la hora décima"... No pudieron reaccionar de otra manera sino yendo detrás de Él, como seducidos por su mirada. Estaban encantados. Setenta años más tarde se acordaba Juan todavía de la hora.

"Andrés, el hermano de Simón Pedro era uno de los dos". El otro era Juan mismo, que habían oído las palabras de Juan y seguido a Jesús. Andrés, después de ver a Jesús, y a pesar de que no ha estado con Él más que unas horas, va como loco por Jesús a llamar a su hermano Simón y le dice: Hemos hallado al Mesías, al Ungido. Y lo llevó a Jesús.

Qué escena esta tan impresionante. Es el primer encuentro entre Jesús y Pedro, el que iba a ser el primer papa, el vicario de Cristo, la roca de su Iglesia.

"Jesús, -sigue diciendo el Evangelio- , poniendo en él los ojos le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Jonás, tú te llamarás Cefas, que significa Piedra".

Dios nos llama cuando menos lo pensamos

El llamamiento se produce en el momento menos pensado. Juan y Andrés salieron de casa aquella mañana como los otros días, creían que iban a charlar con Juan Bautista. Y nada menos que van a encontrarse con Dios. No sospechaban nada de la transformación profunda que aquel encuentro iba a producir en su vida. Iban a lo de siempre, y se encontraron con algo que iba a suponer un cambio radical en sus vidas.

Juan Bautista es el vocero de Dios, les anuncia el paso: He ahí el Cordero de Dios. No les fuerza, ni siquiera les invita, se limita a anunciarles que él pasa. Es lo que siempre hace Jesús cuando llama a un alma.

Importancia de vivir el momento presente

Aquellos discípulos no tenían miedo estaban abiertos a la posible llamada, dejaban a Dios libre las manos para lo que Él quisiera. La coyuntura feliz se dio para ellos porque estaban haciendo lo que hacían, vivían el momento presente. Si hubiesen estado allí con Juan, escuchándole al precursor, y con la imaginación hubiesen estado viajando de acá para allá, Juan les dice esas palabras invitatorias y ellos no se enteran. Haz lo que haces, Dios está llamando en cada momento, pero necesita que tu alma esté en completo recogimiento para escuchar su voz. Dios está pasando continuamente por el alma justa con inspiraciones continuas que le invitan a más y más, si el alma está en el haz lo que haces, viviendo el momento presente, escucha, se levanta y, como aquellos discípulos, sigue a Jesús.

Es muy importante vivir con serenidad y paz. Solo así nos enteramos cuando Dios nos habla. Así estaban Juan y Andrés. Estaban abiertos a Dios, a la escucha, haciendo sencillamente lo que tenían que hacer, así oyeron la voz de Dios. Es la importancia del silencio interior, que hace captar todos los toques divinos, sin desperdiciar ninguno.

Y pasa Jesús suavemente... y así va llamando a sus apóstoles a un seguimiento total. Lo hace suavemente: Pasa delante. Parece que no se ha enterado de lo que ha dicho Juan Bautista. Pasa delante, ni los mira siquiera; aparentemente no les hace caso. Pero cuando oye pasos detrás es cuando se vuelve y empieza a hablarles, a conquistarles... Espera Jesús que ellos tomen la iniciativa, que den un paso: lo hacen cuando, después de oír al Bautista, se ponen a caminar tras Él, pero todavía sin atreverse a decir nada...

Pero como ya ha visto Jesús que el alma ha hecho algo, un primer despego, aunque sea nada más que superficial, entonces Jesús vuelve los ojos hacia atrás. Se vuelve, los mira y luego les habla.

-¿Qué queréis?

-Maestro. ¿Dónde moras?

-Venid y lo veréis. Les habla y pasa todo el día con ellos, en charla íntima.

Con Pedro, de distinta manera pasa más o menos lo mismo. Viene Andrés, que está entusiasmado de la conversación de Jesús, y en seguida le habla a su hermano de que ha aparecido el Mesías. Y entonces, con toda resolución, Jesús, sin que le haya oído su nombre, le dice: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas". Jesús le cambia el nombre y le gana totalmente el corazón.

Jesús sigue un procedimiento distinto para llamar a Pedro. A éste le muestra desde el principio su gran destino y la gran empresa que tendría en la Iglesia: Tú serás la roca de mi Iglesia.

REZA A JESÚS CON ESTA AORACIÓN:

¡QUÉ BIEN SE ESTÁ CONTIGO!

(De una carmelita descalza)

¡Qué bien se está contigo, Señor, junto al Sagrario! Qué bien se está contigo, ¿por qué no vendré más? Hace ya muchos años que vengo a diario y aquí te encuentro siempre, Amor solitario, solo, pobre, escondido, pensando en mí quizás... Tú no me dices nada ni yo te digo nada; si Tú lo sabes todo, ¿qué voy a decirte yo? Sabes todas mis penas, todas mis alegrías, sabes que vengo a verte con las manos vacías, y que no tengo nada que te pueda servir.

Siempre que vengo a verte, te encuentro siempre solo.

¿Será, Señor, que nadie sabe que estás aquí? No sé. Pero sí sé, en cambio, que aunque nadie viniera, que aunque nadie te amara ni te lo agradeciera, aquí estarías siempre esperándome a mí... ¿Por qué no vendré más? ¿Qué ciego estoy, qué ciego! ¡Si sé por experiencia que cuando a Ti me llego siempre vuelvo cambiado, siempre salgo mejor!

¿Adónde voy, Dios mío, cuando a mi Dios no vengo?

¡Si Tú me esperas siempre! ¡Si a Ti siempre te tengo, si jamás me has cerrado las puertas de tu Amor!

Por otros se recorren a pie largos caminos, acuden de muy lejos cansados peregrinos o pagan grandes sumas que no han de recobrar.

Por Ti nadie me pregunta, de Ti nadie hace caso; si alguna vez te visitan, es sólo así, de paso; aquí eres Tú quien paga si alguno quiere entrar.

¿Por qué no vendré más si sé que aquí, a tu lado, 39 puedo encontrar, Dios mío, lo que tanto he buscado: mi luz, mi fortaleza, mi paz, mi único bien?

¡Si jamás he sufrido, si jamás he llorado, Señor, sin que conmigo llorases Tú también! ¿Por qué no vendré más, Jesucristo bendito? ¡Si Tú lo estás deseando, si yo lo necesito! Si aquí me enseñarías la ciencia de los santos, como aquí la buscaron y la aprendieron tantos, que fueron tus amigos y gozan de Ti... ¿por qué no vendré más, si yo sé que Tú eres el modelo único y necesario, que nada se hace duro mirándote a Ti aquí...? El Sagrario es la celda donde estás encerrado... ¡Qué pobre, qué obediente, qué manso, qué callado, qué solo, qué escondido... nadie se fija en Ti!

¿Por qué no vendré más? ¡Oh Bondad infinita!, riqueza inestimable que nada necesita, y que te has humillado a mendigar mi amor. Ábreme ya esa puerta, -sea esa ya mi vida-, olvidado de todos, de todos escondida. ¡Qué bien se está contigo, qué bien se está Señor! Amén.